

CINCO TEXTOS

Humberto Martínez

BORGES Y EL ZEN

Tres *koanes* debe plantear el discípulo avanzado en un *dokusan* (entrevista privada con el maestro durante un periodo de varios días de meditación llamado *sesshin*). El maestro, el *Roshi*, deberá, en este intercambio de papeles, contestar o aprobar al discípulo. Fue en el templo zen de Sojiji, de linaje Soto, que Borges, durante su visita al Japón, y sin haber entrado a *sesshin*, fue considerado por los *roshis* Kodo Sawaki, Yamada Reirin y Taisen Deshimaru, como candidato apto para el *dokusan* del discípulo avanzado. Todos conocían esa obra de Borges en su traducción inglesa: *What is Buddhism?* (Shambala Publications, Inc., 1983).

Sawaki fue quien lo recibió. Borges formuló su primer *koan*, recordando uno de sus versos:

¿Cuál es el otro lado de la tarde?

Sawaki contestó: ha cesado de llover.

La memoria poética de Borges le proporcionó el segundo:

¿En qué sentido es "pobre" una araña?

Sawaki sólo sonrió. Borges, ciego, interpretó su silencio como aprobación, y lanzó su tercer *koan*:

¿Cómo puede un día ser ávido como el lazo en el aire?

Sawaki no dijo nada; tampoco sonrió. Se dio cuenta que Borges había pisado la otra orilla desde hacía tiempo, y pensó que si el Viento sopla donde quiere, en lo Vacío todo puede caber.

ROMPECABEZAS

Nada ocurre al azar. Estoy seguro de que todo lo que uno hace o deja de hacer, tiene un sentido. Sé que esto que escribo tiene también su vínculo secreto. La suma de nuestra vida sería como un rompecabezas ya terminado, el rostro original antes de haber nacido. Cada día, cada instante, de manera natural, absoluta, kármica, colocamos una pieza en dicho rompecabezas. Pero muy pronto advertimos que existe en él otra dimensión. Porque el sentido de cada acto, cometido o no cometido, ocurrido o no ocurrido, padecido o no, es también una pieza. A todo lo físico le sucede el significado, que no está en lo físico, pero lo contiene. En ese otro rompecabezas, sin duda paralelo, el acomodo de las piezas, como la vida misma, se va haciendo difícil; lo inexplicable de nuestros actos se nos va rezagando. La discontinuidad entre ambos rompecabezas, al igual que la infelicidad, va creciendo. Algunas veces, es cierto, nos es dado ver con claridad el misterioso lugar que le corresponde a una impremeditada acción o idea; pero la mayoría, de nosotros y de las veces, aceptémoslo, nos encontramos en la más completa oscuridad. ¿Cómo encajar los actos en una vida de la que ignoramos su significado global? ¿Y cómo podríamos tener la suma sin haber contado sus partes, sin haberlas nosotros mismos colocado? Si es cierto el refrán árabe de que *uno desconoce a su Señor porque se desconoce a sí mismo*, entonces estamos en peligro de morir sin haber alcanzado a nuestro dios, nuestro destino único. Ha habido quienes aseguran que ese conocimiento es posible aquí, si aprendemos a armar el rompecabezas; otros indican que el rompecabezas está armado desde la eternidad y sólo hay que reconocerlo. No obstante, ¿cómo saber lo que significa para mí que tal día, tal hora, tal minuto de julio de mil novecientos noventa y cuatro haya –¿accidentalmente?– roto, por un movimiento de mi brazo que lo lanzó al suelo, el Buda que estaba sobre mi escritorio? ¿Cómo situar el encuentro –¿por casualidad?– de una tumba con mi nombre, durante una visita a un cementerio? ¿Qué puede querer decir que haya, en circunstancias un poco extrañas, perdido aquel bonito talismán con la cara del Sol que Laura me dejó cuando ella me dejó a mí?

Vivimos a destiempo en el tiempo. El rompecabezas en la dimensión espiritual, del que con seguridad depende nuestra salvación, no puede armarse sin una *visión* correspondiente. Andamos tras la videncia, porque son nuestros corazones los ciegos, no nuestros

ojos, porque ahora sólo vemos, sin atrevernos a limpiar, lo empañado del espejo. No es improbable que terminemos sin haber terminado de armar ese rompecabezas. Nos resta pensar, desde esta orilla, que al concluir físicamente nuestra vida veremos la Totalidad, nuestro rostro, su Rostro. No entiendo de otra manera la sentencia del Profeta: *los humanos duermen; a su muerte, despiertan.*

Fotografía: Cunningham/Greenfield



ARQUEOLOGÍA

Pasar a mejor vida, o a peor, todo depende. Pero nuestra propia muerte no es asunto nuestro, es de los otros. Vivimos y sólo el pasado nos pertenece. He rastreado estas tierras arenosas por más de doce años. El ejército asirio nunca volvió a su patria. Hubo familias enteras y, durante el largo tiempo de lucha, mercaderes, administradores, médicos de cuerpos y almas, algunos griegos. Ameothes IV venció su insolencia. He recogido y descifrado innumerables tablillas de arcilla: datos, cuentas, contratos matrimoniales, horóscopos, medidas astronómicas. Sólo el significado de una tablilla me ha sido vedado: *he escapado de la rueda amarga y dolorosa.* ¿A qué rueda se refiere? ¿A qué dolor?

LA RENDIJA

¿Qué esperamos de nuestra vida? Un día llega para todos en que no hay respuestas. Entonces algunos nos embarcamos hacia la otra orilla. En las faldas del Iztaccíhuatl, con la luna llena, emprendemos ese corto e inmenso viaje hacia lo desconocido. Sí, en un primer *sesshin* (cuatro días de meditación continua) es como empezar a buscar una rendija en la gran barrera que tenemos ante nosotros, a buscar a tientas, palpando, porque no tenemos indicación alguna de lo que vendrá, al paso de las horas, día con día. Y luego, de pronto, en la inesperada espera, ocurre el milagro, tocamos el hueco, la abertura, el sitio exacto donde se equilibran mente y cuerpo, donde se encuentra nuestra mejor posición, nuestro mejor ritmo, nuestro mejor momento, y nos asomamos y *vemos* el otro lado, y nuestros ojos, sin saber que ven, se llenan de humedad, y en nuestro corazón se agita esa extraña y olvidada alegría. Alguien muy apegado a mí me pregunta: ¿había luz u oscuridad? ¿Plenitud o vacío? ¿Fue ilusión o realidad? No sé, contesto. Tal vez todos o ninguno, un sentir sin separación, sin diferencias, sin lenguaje, una rara seguridad, una certeza en medio del viento, en medio del río de todas las cosas que igual se van, como nosotros. Fue sólo un instante, como todo en esta vida. Algo nos mueve, cambiamos, porque todo cambia en el mundo de la forma, donde nada permanece, y así, en un segundo, perdemos la rendija. No sabemos a qué distancia ni cuánto tiempo ha pasado. Frente a nosotros se yergue la barrera que no tiene puerta.

Sentados, siempre sentados, seguimos buscando. La rendija debe estar en algún lugar de esa barrera, como lo puede estar, se nos figura, un pez en el océano. Inútiles esfuerzos, demasiadas distracciones, desvíos, un caballo la mente: sólo el dolor es fiel. El *sesshin* termina. No importa, el sol interno ha despertado. Más allá de toda posible fantasía, sé ahora que existe esa rendija. Pienso que en algún lugar debe haber un *paso*, que también deben presentarse otras ocasiones en que logremos nuestro *punto* exacto y, detenidos, permanezcamos más tiempo mirando, explorando. Algún día el camino se nos puede hacer familiar, y a lo mejor atravesamos el muro. Algún día tal vez podremos ir y venir, y finalmente hacer nuestra morada permanente de ese otro lado, como con el corazón de la amada, construir allí nuestra casa, habitar; venir cada vez menos a este lado, sólo por lo indispensable, sólo para ayudar a alguien a encontrar una rendija, aunque bien sabemos que todo lo logrado con ayuda de otro se disuelve y perece.

Un mal *karma*, sin embargo, nos acompaña desde los tiempos antiguos. La duda está anclada. Vivimos nuestra vida acá. Debemos confesar con el corazón abierto nuestra ignorancia. Pero no puedo, por incomprensibles que me sean aún, olvidar aquellas palabras del sexto Patriarca: *no tienes que abrir puertas para entrar, estás adentro.*



SOBREVIVENCIA

Todo parece irse rápidamente y, sin embargo, todo permanece. Este último *todo* está muy adentro en nosotros: nos permite la visión y nos regala esperanza. *Lo he visto tal y como yo tenía la capacidad de verlo*, nos dijo Pedro después de la Transfiguración en el Monte Tabor. Nadie preguntó por la existencia, que es inatrapable; sabíamos que todo puede de pronto volver a lo mismo, como si nada hubiese pasado. Esta sensación es vieja, me ocurre. Pablo dirá que *hemos sido hechos una cosa con él*. Y Felipe, Felipe nos aseguró que *nadie podía ver algo de las cosas sin transformarse en ellas*, que al ver la Verdad, el Espíritu, uno se ve a sí mismo, pues uno llega a ser lo que ve, no como sucede con el hombre que ve el Sol, ve el cielo, la tierra y todas las demás cosas sin ser ellas. Es tarde, la desolación se me ha colado al interior, soy sólo uno de los otros, y él supo que lo seguí porque quería caminar en novedad de vida.

Ahora sé que hay situaciones que limitan la ambición, que anidan en mi memoria, y vuelven, porque siempre vuelven. Ellas tienen con frecuencia un oscuro sinsabor, pero también ofrecen una grata sorpresa, una inesperada alegría. Basta regresar al huerto, escuchar el sonido de las cigarras al atardecer, ver escurrir el calor, luego de la jornada, por las sienes del hermano, oler de nuevo la tristeza de los días idos en ese mar de Galilea para sentir en la piel la caricia de aquella inmerecida entrega. Basta sólo un íntimo eco para que recuerde.

